

Por una espiritualidad Integral

Ya he hablado de una “contaminación patriarcal de las religiones” y tal expresión implica el sentir que sería deseable tener una espiritualidad no contaminada por el poder o la política.

Me parece que las religiones han nacido de una fuente pura, pero han entrado en el correr del tiempo en un mundo psico-cultural que dista mucho de constituir una encarnación de la sabiduría y la compasión. En tal mundo la verdad no sólo no es reconocida, sino que generalmente resulta victimizada, y por ello se puede esperar que un grupo de seres espiritualmente despiertos tenga que hacer algo especial para sobrevivir y prosperar.

La actitud de Buda ante la condición invertida del mundo respecto a la verdad fue la de predicar una retirada monástica; un vivir la verdad lejos de la aberración psico-social imperante. La respuesta del taoísmo, en cambio, ha sido el ocultamiento, que le ha permitido ser a la vez la más esotérica de las tradiciones espirituales y una en que sus ocultos iniciados se han mezclado con la vida de todos. Pero las tradiciones abrahámicas han sido más bien *diplomáticas*: han hablado el lenguaje de la cultura en que surgieron, y para triunfar en un mundo autoritario se volvieron autoritarias.

Es una cosa para una enseñanza espiritual comunicar una visión de las cosas, otra cosa es dictaminar lo que la gente *deba* pensar, bajo pena de persecución o incomunicación. Y lo mismo vale respecto a la esfera de la acción: hay una gran diferencia entre el consejo y la obligación o la prohibición. Pero en la tradición judeo-cristiana estamos ya acostumbrados a la concepción de *la religión como ley*: una ley que manda castigar la transgresión no sólo en la tierra, sino que, presumiblemente, en el más allá. Y no sólo la religión comprende prescripciones relativas a las prácticas religiosas, sino que la autoridad de la ley se extiende en ella especialmente a prescripciones morales, que dictan cómo se debe vivir a cada momento.

Desde los días míticos de Moisés, estamos acostumbrados a los mandamientos. Supuestamente, existen para nuestro propio bien. El problema sin embargo es que nuestras creencias, que se dicen inculcadas por una autoridad temible, se tornan en obstáculo para la verdadera comprensión de su contenido, de modo que la moral compulsiva se torna en moralismo, y ello implica la institución de un estado policial intra-psíquico que puede muy bien controlar la conducta pero interfiere con un desarrollo ético profundo o superior.

Tan acostumbrados estamos a que el moralismo nos diga que debemos ser morales y cómo que ya no nos damos cuenta de cómo ello entraña una maniobra de poder que declara a las personas malas o buenas e impera sobre ellas desde una posición de implícita superioridad. No sólo es secretamente inmoral el moralismo al poner el menosprecio al servicio del dominio, sino que también es una enfermedad cuando lo volvemos hacia nosotros mismos –por más que éste constituya un mal tan generalizado e idealizado en el todo el mundo civilizado que no lo percibimos como tal.

Pero procedamos ahora a un “experimento en el pensamiento”: imaginemos que un mundo sano en que la religión dejara de ser autoritaria y dogmática. ¿Acaso no anticiparíamos que una vez desaparecidas las paredes artificiales que se han erigido entre las distintas tradiciones, naturalmente ocurriría lo que ya ha ocurrido en la ciencia y en el arte, dando lugar así a una integración entre las muchas corrientes históricas de creatividad espiritual? Es normal que todas las contribuciones creativas a una esfera determinada de la cultura vayan integrándose, sólo que en el campo de la religión un ecumenismo natural ha sido interferido por las tendencias hegemónicas de cada una de las propuestas espirituales en competencia. Mahatma Gandhi decía que afirmaba todas las religiones por lo que ellas afirmaban y negaba en ellas lo éstas negaban. Y es claro que las religiones comparten las propuestas de que tratemos de ser mejores personas y que descubramos la dimensión contemplativa de la existencia. Pero también tienen en común, desgraciadamente, el arrogarse la supremacía. Pero si imaginamos un futuro en que la religión haya sanado del mal patriarcal que se manifiesta en el espíritu hegemónico de supremacía y conquista, ello nos lleva a anticipar una integración natural de las diversas contribuciones válidas a la vida religiosa que han surgido en distintas culturas, lugares y tiempos. Y así como en el mundo de la ciencia han cundido la interdisciplinabilidad y la transdisciplinabilidad, se esperaría que en el mundo espiritual también surgiese un espíritu más intercultural y transdisciplinario, no sólo entre religiones sino entre los ámbitos de la religión y la psicoterapia.

La psicoterapia parece algo pequeño comparado con la religión que ha dominado el mundo durante milenios. Además, el hecho de que a veces los psicoterapeutas no son tan buenos contribuye a nuestro sentir que estos dos ámbitos no pueden ser comparados. Pero el espíritu de la psicoterapia es el de un camino: un *camino interpersonal*, o para usar la expresión hindú, un *yoga interpersonal*; y aunque nuestra cultura nos ha condicionado a llamar ciertas cosas espirituales y otras no, creo que ya es hora de que reconozcamos nuestra parcialidad, y que nos percatemos de las dimensiones espirituales ocultas pero importantes de la psicoterapia.

Lo que llamamos psicoterapia es una combinación de por lo menos dos cosas: el autoconocimiento y la liberación de los deseos, y particularmente de la instintividad animal, que coincide con la del niño interior. El psicoterapeuta ayuda a la gente a que se de cuenta de lo que quiere y que no ha sabido poner en palabras. Ayudar a las personas a darse cuenta de lo que quieren, además, va aparejado al darse cuenta de las prohibiciones implícitas respecto a lo que se debe desear, y la consecuente culpa. La mayor parte de la gente ni siquiera sabe hasta qué punto se siente culpable de desear ciertas cosas y hasta qué punto carece de la libertad de gozarlas. Éste fue un gran descubrimiento de Freud, aunque sólo Marcuse lo llegaría a hacer plenamente explícito: el abismo y el antagonismo entre la civilización y el *eros*, por el cual el principio del placer es domesticado y castrado de generación en generación a través de historia de la vida civilizada. Y mientras la liberación de la vida y cultura parece ser irrelevante a nuestra aspiración y búsqueda espiritual (en vista del espíritu ascético del cristianismo) no cabe duda que fue considerado un importante aspecto de la religión antes de la era patriarcal.

Según Alain Danielou, uno de los más originales historiadores de la religión del siglo XX, la religión común de Europa antes de que llegaran a imperar los dioses olímpicos de los conquistadores indo-europeos fue la dionisiaca, y la divinidad llamada Dionisio en Europa coincidía con la que se llamaba Shiva en la India. Así, cuando Alejandro Magno atravesó Afganistán y llegó a la India con sus tropas, los iniciados en los misterios de Dionisio que viajaban con él se encontraron con los iniciados de Shiva y se saludaron y reconocieron como hermanos, pues les resultaba claro que eran seguidores de un mismo camino. Se trataba de una religión de lo natural, tanto en la naturaleza como en la mente; una religión que reconoce la sacralidad de la vida tal como es y en la que podemos reconocer el sello del espíritu matrístico de épocas anteriores.

Parece que los tiempos del origen de la civilización hubiese cambiado el énfasis de la vida espiritual, de la inmanencia a la trascendencia. Se dice que cuando nuestros ancestros descubrieron la religión del cielo, las divinidades celestiales reemplazaron el culto de las divinidades ctónicas; pero sospecho que la trascendencia ya era bien conocida para los chamanes pre-históricos del período matrístico, y que el cambio que tuvo lugar fue más político, mitológico y dogmático que una verdadera evolución de la conciencia. Pero no puedo detenerme a probar tal cosa en lo que es sólo una intuición al tema que se me ha asignado, y sólo me conformaré con expresar mi convicción de que en su origen el patriarcado fue más un asunto de poder político que uno de evolución de la conciencia, y que si

queremos entenderlo en términos de conciencia, debemos verlo como la esencia de aquello que el lenguaje mitológico describe como una caída— pues la arqueología nos dice que con él comenzaron las guerras de la injusticia social. Es claro para los especialistas que la religión patriarcal estuvo al servicio del estado, y me parece igualmente claro que una vez que la opresión de las mujeres se hizo realidad, los valores matrísticos-- la vida, la fertilidad y la solidaridad tribal --quedaron subordinados a los de la trascendencia y eclipsado con los ideales guerreros y ascéticos. Así, cuando triunfó la religión del cielo, en su nombre fue prohibida la religión de la tierra y no integradas la valoración de la trascendencia y la inmanencia.

La transición debe haber sido gradual sin embargo, y ahora se piensa que la narrativa bíblica (que la investigación indica que no fue la obra de Moisés ni siquiera por los sacerdotes por los tiempos del rey Salomón, sino más tardíos, durante el reino de Josías) exagera en gran manera el monoteísmo del pueblo de Israel.

Un signo curioso de esta transición es la historia de la religión judía es el hecho conocido de que se conservase en el templo de Jerusalén la figura esculpida de una serpiente, que a la luz de la arqueología moderna entendemos como un signo arcaico de la naturaleza y de la gran madre. Podemos suponer que a pesar de la demonización de la serpiente en el Génesis se la conservó allí en vista de la medida en que se respetaba una tradición milenaria. Además, si leemos el libro de Enoch, apócrifo del Antiguo Testamento que contiene el relato de la caída de los ángeles, descubrimos en éste que los más altos ángeles (que sólo cantan hosannas al Señor) tienen cuerpos de cocodrilo, con tres pares de alas. Y no olvidemos que la cubierta del arca de la alianza, en que se guardaron las tablas de la ley y sobre la cual se pensaba que posaba la divinidad, tenía la forma de dos querubines, concebidos con la forma de dragones. Debemos comprender tales imágenes como residuos de una concepción antigua de la sacralidad como algo no sólo superior o celestial sino que como algo íntimamente relacionado con el mundo animal, y particularmente con el mundo animal más arcaico, cial es el reptiliano. Se hace presente en ello la intuición de una coincidencia entre lo más alto y lo más profundo, propia de una conciencia muy primitiva, y por lo tanto básica, que hoy en día podemos pensar relacionada con nuestro cerebro reptiliano, con el que hemos perdido contacto.

Pero ya me he extendido mucho en esta introducción, y más vale que aborde ya mi tema, que entiendo como aquel de considerar lo que podría ser una espiritualidad integral apropiada para nuestro tiempo: una

espiritualidad que se corresponda con las facetas naturales de la mente humana y con las dimensiones universales de la vida y el espíritu.

Imaginemos ahora que surja un día tal forma de espiritualidad, en que esté representada cada una de las dimensiones de la vida espiritual y de la auto-realización. Para poder hacerlo, naturalmente, deberemos preguntarnos de antemano cuáles y cuántas son las dimensiones de la mente que esperamos ver reconciliadas por tal currículum espiritual completo.

Los hindúes, que han sido tal vez la más ecuménica de las culturas, han conocido desde la antigüedad cierto número de yogas. Y así hablan de un camino de la acción, un sendero devocional o del amor, una vía del conocimiento, y un cuarto camino (también llamado la vía real), que se centra sobre la conciencia misma, cultivada a través de la meditación.

Creo que esta distinción se corresponda con la estructura de la mente humana. Ya Brentano, en los primeros tiempos de la psicología, observó la distinción entre pensar, sentir y querer. Pero ahora sabemos más, pues se ha descubierto la estrecha relación entre estas facultades y los tres niveles evolutivos del cerebro (a los que frecuentemente se alude como tres cerebros). Estamos dotados de un cerebro reptiliano, que es el más primitivo y podemos llamar instintivo. Luego hemos desarrollado esa parte del cerebro llamado “cerebro medio” o sistema límbico, que hemos heredado de los mamíferos, junto a la maternidad y al amor materno; y en el amor materno podemos reconocer la raíz biológica del amor al prójimo pues se trata de una relación en que un individuo percibe al otro y se comporta hacia tal otro como hacia un otro yo más que hacia un extraño (y es a este otro que no es propiamente un otro que llamamos un “tu”. (Lo que los santos y las distintas tradiciones espirituales tienen de especial es que han logrado desarrollar esta cualidad del amor materno hasta su límite extremo, haciéndolo universal o incondicional). Por último, hay esa parte del cerebro propiamente humana: el neocortex, íntimamente asociada a la función intelectual, que nos hace *homo sapiens*.

Pero hablar de nosotros en términos de tres “cerebros”, por más que sea sugerente, es sólo hablar de nuestro cuerpo. Y aún hablar de nuestras facultades psicológicas de pensar, sentir y querer es hablar el idioma abstracto y objetivizante de la ciencia, en tanto que nuestra vida psicológica es una experiencia vivida, por lo cual convendría que nos interese en el aspecto interno psíquico y fenomenológico de nuestros cerebros.

Describió Freud la condición neurótica como una en que ciertas provincias de nuestra mente (las “instancias psíquicas” de las llama desde entonces) están divididas entre ellas por el conflicto. Llamó “*superego*” a aquella que

actúa como un padre crítico internalizado, *id* o ello a la voz del instinto, en el cual la cultura nos enseña a no confiar, y “yo” o “ego” a esa parte de nosotros que intenta reconciliar a las restantes, aunque principalmente se ve penosamente dividida entre sus directivas contrapuestas.

Por útil que sea la concepción freudiana para la neurosis, una persona sana es una en que estas tres voces internas no están en tanto conflicto como en cierta medida de colaboración, y personalmente me he interesado mucho en la visión de la autorrealización como un abrazo intrapsíquico entre estas tres partes de la mente.

Pero en vista de que Freud, que se interesó especialmente en disociación intrapsíquica, nos ha dado una descripción de una condición perturbada de las instancias psíquicas en la neurosis, en la que el *superego* se ha vuelto excesivamente agresivo, el *ello* excesivamente peligroso y el *ego* excesivamente impotente, prefiero pensar del *id* como el “niño interior”, del *superego* como el “padre interior”, y del *ego* como una instancia potencialmente amorosa, conciliadora y maternal, que en vista de su subordinación culturalmente sancionada al poder del padre ha traicionado al hijo, dejándonos con un corazón vacío.

Es más, pienso que la tríada intrapsíquica de padre-madre-hijo no sólo dice relación con las facultades de saber amar y querer, sino con tres modalidades del amor, sólo que en nuestra condición de neurosis universal (llámesela pecado, mente samsárica o lo que sea) nuestras tres personas interiores lejos de constituir una familia unida y feliz, son una familia disfuncional en que por lo menos una u otra de las personas (con su respectiva capacidad amorosa) se ve excluida o antagonizada. Así, algunas personas son bondadosas y empáticas (es decir, dotadas con las características del amor materno) aunque tal vez poco capaces de goce. Otras son personas predominantemente eróticas, y otras tienen el don del aprecio, que nace de la relación original del niño con el padre. Pero la mayor parte de nosotros se queda corto en alguno de los tres amores, ya sea en la capacidad de interesarse en el bien del prójimo (ágape), en el amor apreciativo y respetuoso que deriva del amor al padre o en el amor propio del niño interior (eros) con su don del goce, y de esa manera, incompletos, nos sentimos carentes.

Gurdjieff, que fue una de las influencias principales en mi desarrollo personal, atribuía la desastrosa condición de la humanidad a la incapacidad generalizada de las personas de integrar sus tres cerebros, y hablaba en éstos términos mucho antes de que la biología hubiese establecido nuestra condición tricerebrada. Además, afirmaba que la integración entre los tres

ámbitos de nuestra mente dependiese de un cuarto factor, más allá del pensar, sentir y querer: un factor armonizante al que a veces llamaba un “to verdadero” y otras Ser. Hoy en día dice la neurobiología que la integración entre nuestros tres cerebros depende de la corteza prefrontal, que es como un cuarto cerebro cuya función integrativa se traduce en algo que podemos caracterizar como atención o consciencia, más allá del pensar, el sentir y el querer.

Si se piensa en un triángulo y se construye una pirámide sobre él, podemos convenir en representar la triplicidad de nuestra psíquis en los vértices de la base triangular de esta pirámide y considerar el vértice superior de ésta una representación de este cuarto factor que yace en un plano diferente. Ya que no es nada en sí, sino la integración de nuestra psíquis tri-unitaria, podríamos concebir a este cuarto aspecto de la mente (que no es propiamente una cuarta entidad, pues no es nada en sí) como un *espacio* que contiene nuestra alma triple. Y si nuestra mente comprende una psíquis tri0personal en el seno de un espacio transpersonal que es el campo de su integración, una espiritualidad integral debería corresponder a esta estructura-- de *padre-madre-hijo* y *espíritu*.

A excepción de algunos místicos que se han elevado hasta la esfera de una espiritualidad más allá de las personificación y los atributos concebible por la mente conceptual, el mundo cristiano principalmente ha pretendido integrar dos de estos ámbitos: el de la devoción y el de la compasión; pero se puede decir que a pesar de la prominencia del amor en el mensaje cristiano, el elemento de devoción al Padre prevalece en la práctica sobre el de la caridad; y creo que al menos una razón para ello sea que el aspecto “filial” de lo espiritual se ha visto sistemáticamente inhibido. El elemento de placer, deleite, libertad que la humanidad ha perdido desde los comienzos de la civilización no puede ser castrado sin acarrear con ella algo así como una traición al principio materno, y lo reconoce la observación común de que es difícil el amor al prójimo para uno que carece del fundamento de un amor por sí mismo.

El espíritu, más allá de nuestros tres amores, corresponde a la dimensión contemplativa de la experiencia que a veces se ha llamado *gnosis* o sabiduría, ha sido conocida vivencialmente por los místicos más profundos y buscada por todos aquellos que inician un camino espiritual, pues los anima siempre una búsqueda de la verdad que es un deseo de comprender un misterio y tocar el absoluto. Pero creo que sea difícil conocer el vértice superior de la pirámide sin el apoyo de su triple base; por ello me parece que la conciencia espiritual sea algo así como una bola de cristal que descansa sobre un trípode, que no puede sustentarse sin sus tres patas.

Por supuesto a todos nos atrae la felicidad, pero no creo que tengamos en el mundo civilizado una sana libertad de gozar. En esto, nuestra situación es comparable a la que se expresa en el ámbito sexual: nos creemos sexualmente libres en el mundo moderno, pero nuestra libertad es más externa que interna, y un síntoma de nuestra falta de libertad es cierta medida de adicción sexual. Por ejemplo, no habría pornografía en el mundo si no hubiese en primer lugar represión. Tal represión es la que explica nuestros excesos-- que pudieran ser tomados por expresiones de libertad pero constituyen en realidad su sustituto. Así, en la cultura contemporánea hemos llegado a pensar que somos mucho más libres de lo que verdaderamente somos. Más bien, vivimos bajo la compulsión de llenarnos con algo que nos falta.

Pero al hablar del aspecto dionisiaco del espíritu que es la expresión de nuestro niño interior, el aspecto materno y caritativo, el aspecto devocional que aspira a lo que se intuye como ideal o potencial y al aspecto contemplativo que es el conocimiento de la esa mente más profunda que a veces se ha llamado unano-mente, no he cubierto aún lo que considero el espectro completo de la experiencia espiritual; pues si reunimos devoción, compasión, goce y contemplación propiamente tal no hemos incluido un elemento de *autoconocimiento* que difiere de ese autoconocimiento metafísico de los contemplativos y sin embargo es esencial para que nuestro proceso de desarrollo llegue a buen término en el mundo emocionalmente contaminado en que vivimos.

Cuando se me transmitió por primera vez la invitación de Willigis Jaeger a dar la conferencia que ahora se ha transformado en éste capítulo , se me sugirió que hablase de “el aspecto espiritual de la vida” y mi reacción primera ante ello fue la de pensar que sería más apropiado hablar del *corazón o meollo* espiritual de la vida que de un *aspecto* espiritual de ella. Pero la sugerencia también me llevó a preguntarme por el aspecto *no* espiritual de la vida. Y me respondí que, siendo toda la vida intrínsecamente espiritual, su aspecto no espiritual es aquello que podríamos concebir como la enfermedad que afecta a la vida, que es más bien una distorsión de ésta y que pudiera concebirse como su sombra: lo que la religión ha llamado pecado o la caída, que en términos más abstractos podemos describir como su condición degradada y se asocia a la inconsciencia así como a la ignorancia.

Nos hemos vuelto inconscientes porque hemos sido heridos, hemos sufrido y no queremos volver a sufrir, y podemos decir que una importante diferencia entre la condición ordinaria y empobrecida de la mente y la condición sana a la que aspiramos es una actitud diferente ante el dolor.

Tan apegados estamos al placer y tanto queremos evitar el dolor que tales fuerzas de aversión y atracción nos distraen de nosotros mismos. El dolor, sin embargo, no sólo puede aplastarnos, adormeciéndonos, sino que puede también elevarnos, volviéndose en un factor despertador—dependiendo de nuestra actitud.

Pues aunque el dolor es usualmente deprimente, no lo es necesariamente, y ya se refería a ello Freud al observar algo que suele interpretarse en forma crítica—a saber, que el psicoanálisis transforma la depresión neurótica en sufrimiento ordinario. Así recuerdo que lo hizo el Dr. Stanislaus Grof en su apertura al congreso de psicología transpersonal que se celebró en Bombay durante la década de los ochenta. Según su parecer, la psicología transpersonal, que se interesa en estados alterados de conciencia que incluyen el éxtasis, va más lejos de lo que plantea tal limitada aspiración de los psicoanalistas. Pero me parece que decir eso es desconocer la profundidad de lo que Freud implícitamente planteaba—pues el sufrimiento es intrínseco a la vida humana, y aunque sea posible la felicidad, tal felicidad (a diferencia del placer) surge de una capacidad de mirar el dolor desde una perspectiva diferente—desapegada. Pues una cosa es el sufrimiento y otra la capacidad de sostener el impulso amoroso frente al sufrimiento.

Cuando sufrimos, usualmente nos desconectamos de nuestro ser esencial, y es una gran tentación la de hacer toda clase de cosas para evitar el sufrimiento. Podemos sentirnos atraídos por la venganza, por ejemplo, o querer consolarnos a través de maniobras que aprendimos durante la infancia. Y aunque principalmente vivimos bajo la ilusión de ser personas amorosas, es un hecho que hemos crecido en la escasez de amor, y es excepcional encontrar a uno que no haya sufrido de tal escasez durante la infancia, pues ésta se trasmite a través de las generaciones, y es nuestro mal aquel de no sólo haber aprendido a manipular y falsearnos para llenar nuestra sed, sino el de habernos dedicado a la búsqueda del amor con tanto afán que ello llega a absorber las energías que podríamos poner en la expresión de nuestro potencial amoroso.

Si la vida es el juego recíproco de nuestras tres personas interiores y sus tres amores, entonces, nuestra vida parasítica, que es como nuestra sombra, está hecha del juego recíproco de los subproductos del amor—tales como la necesidad de protección o dependencia, la necesidad de admiración que llamamos narcisismo, la necesidad de ser objeto del deseo ajeno o las falsificaciones del amor que compensan nuestra incapacidad de amar. Y no podemos detener el juego de nuestros destructivos mecanismos porque nos falta la necesaria conciencia para ello; y no entramos en contacto con lo

que nos sucede porque nos duele. El autoconocimiento, entonces, es un purgatorio de sufrimiento necesario y aceptado que es necesario al proceso de transformación.

Afortunadamente, es de gran ayuda la buena compañía: el diálogo con alguien que haya llegado un poco más lejos en el despertar de su propia conciencia. Y es eso la esencia de la psicoterapia, aunque un terapeuta siempre lo haga mejor que un buen amigo. O un amante. Tal vez la mejor razón que puedan encontrar los amantes en elegir el compromiso de una vida en común (ya que el placer no dura mucho y las razones de conveniencia llevan a complicaciones) sea el que el matrimonio es una escuela: una situación de aprendizaje inevitable.

Pero digo esto sólo a propósito de que el “camino del descenso”—que es del auto-conocimiento, es típicamente dialógico. Pues aunque sea cierto que la vida humana ya lo es, y en cada una de las provincias de la vida espiritual el buscador puede ser ayudado por uno de más experiencia o desarrollo, parecería que este proceso de purificación a través del insight está tan ligado al sufrimiento que se le hace difícil al individuo progresar sin apoyo. La esencia del proceso, sin embargo, es la comprensión de la ilusión, el auto engaño, las ideas irracionales, los supuestos errados acerca de la vida, acerca de dónde pueda encontrarse la felicidad y las distorsiones de la vida emocional a través de las cuales el goce se transforma en búsqueda de placer, la compasión de dependencia y la capacidad de devoción de narcisismo.

Así como hemos representado el ámbito de la vida psíquica en su condición saludable como una pirámide de base triangular, podemos ahora representar el ámbito de la enfermedad como una pirámide invertida sobre la misma base, y considerar su vértice como representación del autoconocimiento psicológico que logra penetrar esta vida parasítica—simétrico al autoconocimiento místico que hemos representado con el vértice superior. Correspondientemente, podemos concebir el eje mismo de la doble pirámide, que conecta ambos vértices, como una representación del auto-conocimiento más allá de su desdoblamiento en autoconocimiento psicológico y autoconocimiento metafísico: conciencia neutra que entraña la potencialidad de volverse en una u otra dirección, y que podemos considerar la clave de la integración de nuestras tres personas interiores con sus amores.

Aunque una vez más me veo sin el tiempo suficiente para documentar mi punto de vista, formularé simplemente mi convicción de que fue el triunfo de la mente patriarcal con su autoridad masculina violenta el que, causando

el desequilibrio entre nuestros tres cerebros, llevó al dominio de la razón sobre la sabiduría orgánica y el amor materno, y que es en el despotismo intrapsíquico del principio paterno en la familia interior de las personas que podemos encontrar la raíz de nuestra desintegración.

Pero sólo entre paréntesis digo estas cosas acerca de nuestra condición degradada enferma, como prefacio a mi aseveración de que tal distorsión de la vida puede ser sanada principalmente a través del autoconocimiento, y que aunque en último término el insight psicológico requiera una atención de la misma naturaleza de aquella requerida por la contemplación, dirigir nuestra atención hacia el centro de nuestro ser es una cosa diversa al mirar hacia el aspecto doloroso y oscuro de la mente, que en cierto sentido no es nuestro verdadero ser sino un ser falso: algo así como un mundo fantasmal, que comparte en algo la naturaleza de los sueños.

He enumerado cinco cosas:

1. la religión de la aspiración “hacia el cielo”, expresión de nuestro amor apreciativo que se encamina hacia los ideales.
2. la religión de la benevolencia y la compasión
3. la religión (dionisiaca) de las libertades, liberación y entrega a la corriente espontánea de la vida.
4. la religión de la vacuidad que cultiva la neutralidad de la que depende la armonía entre nuestras tres personas interiores.
5. la religión del autoconocimiento que entraña un descenso a los infiernos de la psicopatología.

Por supuesto el autoconocimiento no nos parece una actividad espiritual, desde el punto de vista de nuestro condicionamiento cristiano. Así como el ideal dionisiaco de la liberación y de la entrega es hoy en día considerada algo más bien terapéutico que espiritual, también la tarea apolínea del autoconocimiento se cultiva sobre todo en el ámbito de la psicoterapia. Pero no es irrelevante que Dioniso y Apolo fueran antiguamente considerados dioses, y que presidieron sobre los misterios. Además, la relevancia conjunta de la liberación “terapéutica” y la meditación, consu cultivo del desapego “apolíneo” está siendo implícitamente reconocido por la cultura popular de los buscadores , que siguen su sentido del olfato al explorar las variadas ofertas que se presentan en el mercado espiritual de nuestra modernidad pluralista y experimentan con combinaciones de tales ingredientes buscando un complemento complejo a su foermación cristiana original.

Y la relevancia conjunta de estas vías al crecimiento es reconocida por la cultura popular, pues tenemos hoy en día una población de buscadores que

sigue su propia nariz explorando las muchas cosas que se ofrecen en el mundo pluralista y que experimentan con combinaciones de tales ingredientes de tal manera que tal vez van encontrando los suplementos que necesitan respecto a su educación cristiana original.

Así ha sido en mi propio caso. Puedo decir que fui un buscador muy sediento durante gran parte de la vida y eso me llevó a integrar muchas enseñanzas y prácticas en mi propia experiencia. Y no sería suficiente para mí que hablase sólo de la experiencia personal. También es el caso de que hace unos 40 años empecé a enseñar y lo que he reunido se ajusta exactamente al esquema que he venido a presentarles. Y aunque no comencé con tal esquema sino que lo que iba haciendo emergió orgánicamente de mi propia experiencia, ahora puedo representarlo perfectamente en el mapa de una doble pirámide en que el vértice superior representa la dimensión contemplativa, el vértice inferior la dimensión de autoconocimiento y el eje central el despertar, o la conciencia propiamente tal.

Pero yo nunca fui el tipo de persona que dice “voy a conseguir esto o aquello” y luego emprende un proyecto inspirado por cierta visión. Más bien actuó primero y luego descubro la visión que me ha guiado implícitamente, así como la historia de Fátima, una hilandera que termina construyendo tiendas. Esto es una historia sufi que cuenta de la hija del mercader que fue enviada por su padre de viaje marítimo con una carga de mercadería y naufraga. Es recogida por un pescador en una tierra lejana y aprende a ganarse la vida hilando hilos con los cuales hace redes. Es industriosa y con el curso del tiempo prospera. Hasta que una vez más se encuentra a cargo de un cargamento –de cuerdas y redes esta vez. Una vez más, naufraga. También una vez más debe emprender una nueva vida y ahora aprende a tejer diversos tipos de telas y se repite la historia, una vez más cuando pierde todo en un naufragio debe comenzar del punto cero. Esta vez es vendida como esclava y comprada por un fabricante de mástiles que no sólo la trata amablemente, sino que le devuelve su libertad y la integra a su familia, en el seno de la cual aprende a hacer mástiles. Nuevamente tiene la oportunidad de viajar a cargo de un cargamento y naufraga, y esta vez las olas la traen a una playa en las costas de la China, donde se recibe con grandes atenciones porque hay la expectativa en vista de cierta leyenda y de cierto oráculo, que llegará sobre las olas una mujer que sabe construir tiendas. Así es como se la trae al emperador que le pregunta si acaso es verdad que puede hacerlo. Ella se dice “bueno, sé hacer mástiles, telas y cuerdas y sé cómo son las tiendas” de modo que reuniendo su experiencia resulta que como en muchos cuentos de hadas,

termina casándose con el príncipe, a quien el emperador ha, de antemano, prometido a la esperada y legendaria persona.

Me siento como si en mi propia vida hubiera ido reuniendo cosas, primero por mí mismo y luego por vista de otros, y al final veo que el conjunto que ha nacido de ellas no sólo es algo bueno sino que algo casi sin precedentes, en vista de lo mucho que se siente ayudada la gente en un tiempo tan breve. Y ya que en años recientes no sólo me he interesado con el problema del mundo, he comprendido poco a poco en qué medida el responsable de él es cierto tipo de educación que hemos puesto al servicio del complejo militar industrial y llegado a la convicción de que no tendríamos el mundo que tenemos si no fuera por la perversión de nuestro sistema educativo, que tan trágicamente ha descuidado el desarrollo humano, he deseado que se pudiera transformar la educación en el órgano para la evolución de la conciencia y la sociedad que pudiera ser si no se la hubiese puesto al servicio del desarrollo industrial y financiero.

Pensé: “¿cómo podría la educación tornarse en un medio para el desarrollo humano, y más específicamente para el desarrollo de la conciencia? Y después de asistir a algunos congresos inspirados por el deseo de cambio en la educación me di cuenta que el trabajo que había comenzado en mis reuniones con buscadores en la California de los 70 y que posteriormente había aplicado en varios países a la formación de terapeutas podría bien ser todo lo que la esclerosada educación institucional necesitara para darle a los enseñantes lo que hasta ahora habían descuidado las universidades: un currículo de autoconocimiento, educación interpersonal, atención a la espontaneidad y cultivo de la atención.

Naturalmente, cuando me dirijo a los educadores no es de religión que hablo, y hasta evito la palabra “espíritu”, ya que ésta, como “amor” han sido proscritas tanto en el mundo burocrático como en el académico. Algo semejante ocurre con la psicoterapia: por cierto que sea que los niños lleguen a la escuela con signos de creciente deterioro emocional, lo terapéutico sigue siendo tabú, o apropiado para una supuesta minoría de enfermos, como si no fuese relevante a todos.

Pero comienza a suceder que en España, en Italia y otros países mi programa va siendo acreditado como una forma de formación de los formadores, y entreevo que su aplicación a una masa crítica de profesores pueda generar un fermento que transforme esta institución tan inerte. Si esto fuese posible, se puede esperar que la educación alcance una influencia sobre la sociedad mayor que la de la psicoterapia y aún de la religión, que se van tornando cada vez más en vías privilegiadas para

minorías; pues el tiempo y las energías de la gente se ven crecientemente consumidas por el mercado laboral, y resulta hoy más cierto que nunca que “muchos son los llamados y pocos los elegidos”. Pues, independientemente de vocación y talento, son muy pocos los que disponen del tiempo, la concentración y la energía para nadar contra la corriente, y es más posible prevenir que sanar o reparar daños.

He llegado a la convicción de que sólo el cambio de la educación podría cambiar el rumbo de la historia, pues en tanto que la condición del mundo empeora sólo un cambio masivo de la conciencia podría cambiarlo, y no la política tradicional. Pero de una voluntad política que ponga el servicio a la evolución por encima del status quo dependerá que podamos generar tal desarrollo masivo de la conciencia en el tiempo breve del que dispondremos.

Hay en el mundo de hoy personas más poderosas que los que gobiernan las naciones, ya que las naciones antes soberanas se han vuelto títeres de poderes económicos. Personalmente, sueño con que tales potentados comprendan que está entre sus manos el destino de nuestro cada vez más maltrecho planeta. Justamente ellos, que hasta ahora han contribuido a la prolongación de nuestro mal global, podrían tornarse en nuestros salvadores si decidieran simplemente colaborar hacia la institución de una educación holística y transformadora, para personas completas.

Mientras tanto, sin saber acaso se realizará este sueño, pongo todas mis energías en mi trabajo. Y aunque lo espiritual ha estado más implícito que explícito en la forma como anuncio este trabajo, es innegable que este ha consistido en la implementación social de la visión que vengo de describir de una espiritualidad integral.

Y a tal punto he ocultado el aspecto espiritual de mi trabajo tras el lenguaje permitido en el ambiente secular de las burocracias y el lenguaje usual de la psicoterapia que sólo en respuesta a la iniciativa de Willigis Jaeger que me ha invitada a tratar del tema “espiritualidad para el tercer milenio” he llegado a explicar que no sólo albergo una concepción de lo que pudiera ser un currículum integral de educación espiritual, sino que he sido testigo de su aplicación exitosa a través de muchos años a millares de personas. Sólo que el modelo bi-piramidal de tal espiritualidad integral que he presentado es sólo un corolario de la estructura de nuestra mente, y por ello no puedo exactamente decir que he inventado algo, sino que más bien explicitado algo que los buscadores en un mundo libre y desprejuiciado seguramente descubrirán por su cuenta en el curso del tiempo. Sospecho, también, que el

desarrollo de una espiritualidad integral en el mundo, ya en curso, sea de buen augurio para nuestro futuro colectivo.